

María Cristina Navarrete*

La representación jesuítica de los etíopes del siglo XVII desde las *Cartas Annuas***

Abstract

One of the main established policies by the Jesuit Order to the provincials was to write annually the chronicles of the events of their respective jurisdictions. These reports are known as *Annua Letters* and were directed to the Jesuit General in Rome. The seventeenth century letters from the New Reign and Quito, specifically those related to the Cartagena School tell facts about the Africans brought to the New World as slaves. Therefore, these letters elaborated representations about the Ethiopians, especially in relationship to their religiosity. They evidenced an imaginary from which the Jesuits created their own method of catechizing. Besides, they developed a vision about the Cartagena city and port from the geographical and anthropological perspective.

Resumen

Una de las políticas establecidas por la Compañía de Jesús fue ordenar a los provinciales que escribieran anualmente la crónica de los acontecimientos de sus respectivas jurisdicciones. Estos relatos se conocen con el nombre de *Cartas Annuas* e iban dirigidos al general de la compañía en Roma. Las *Cartas Annuas* del siglo XVII de la provincia del Nuevo Reino y Quito, específicamente las que hacen referencia al colegio de Cartagena narran hechos relacionados con los africanos traídos al Nuevo Mundo como esclavos. De allí, que las *Cartas Annuas* hubieran elaborado representaciones sobre los etíopes, especialmente en lo relacionado con su religiosidad. Evidencian todo un imaginario desde donde los jesuitas crearon un método propio de catequización. Igualmente, desarrollaron una visión de la ciudad y puerto de Cartagena desde la perspectiva geográfica y antropológica.

Key words

Annua letters, Jesuit Company, Catechesis, Provinces, Jesuit schools.

Palabras clave

Cartas Annuas, etíopes, Compañía de Jesús, catequización, provincias y colegios jesuíticos.

I. Ideas preliminares

El presente artículo está basado en una investigación breve organizada a partir del estudio de un texto particular, las *Cartas Annuas*, cuya escritura está investida de una especial significación. Estas cartas permiten in-

terpretar la representación que los jesuitas del colegio de Cartagena tenían sobre los etíopes del siglo XVII.

Para tal intento han sido de gran valor las ideas de Roger Chartier en su ensayo *El mundo como representación* cuando afirma que los historiadores al tra-

* Profesora Titular de la Universidad del Valle. Correo electrónico: manavarr@emcali.net.co

** Este artículo es resultado de la investigación "Las *Cartas Annuas* de la Compañía de Jesús en el siglo XVII".

tar de pensar los funcionamientos sociales exentos de una partición jerarquizada de las prácticas, han intentado descifrar de distinta manera las sociedades procediendo de la consideración de que no hay práctica ni estructura que no sea producida por las representaciones, por las cuales individuos y colectividades dan sentido a su propio mundo¹.

De particular importancia ha sido el concepto de representación desarrollado por Chartier quien al referirse a los historiadores del antiguo régimen, lo explica de la manera siguiente:

“Construir la noción de representación como el instrumento esencial del análisis cultural es otorgar una pertinencia operatoria a uno de los conceptos centrales manejados en estas sociedades. La operación de conocimiento está así ligada al utillaje nocional que los contemporáneos utilizaban para volver menos opaca a su entendimiento su propia identidad”².

Los etíopes o gente del rostro quemado, como llamaba el padre Sandoval a los pobladores del África negra, sufrieron las consecuencias del desastre demográfico de la población indígena del Nuevo Mundo³. En la segunda mitad del siglo XVI y durante los siglos coloniales fueron traídos forzosamente a los territorios de la América española. Dos puertos, Cartagena y Veracruz, fueron habilitados para recibir los barcos atiborrados de africanos sometidos a cautiverio, procedentes de áreas geográficas diversas con culturas, lenguas y religiones diferentes.

La condición de sometimiento expuso a los recién llegados a la pérdida de sus legados culturales los cuales se vieron enfrentados a un proceso de

transculturación⁴. Era necesario, que entre otras cosas, adoptaran la religión del grupo dominante.

Sin embargo, la educación religiosa de los esclavos no fue una preocupación de la corona española. Las primeras ordenanzas relacionadas con este hecho tenían que ver con la prohibición de introducir esclavos que habían estado en contacto con judíos y musulmanes. Durante el siglo XVI no existió una legislación explícita que promoviera la cristianización de los esclavos negros del Nuevo Mundo y fue hasta el siglo XVII que la preocupación por la evangelización de los etíopes se hizo evidente, quedando en manos de frailes y sacerdotes doctrineros la cuestión religiosa de los esclavos. Ninguna institución en forma oficial se responsabilizó por la suerte espiritual de los cautivos negros⁵.

El funcionamiento de las doctrinas para los esclavos negros tuvo innumerables dificultades que presentaron los obispos, los propietarios de esclavos y los mismos párrocos señalados para esta labor. Por esto la Compañía de Jesús decidió asumir la responsabilidad de la instrucción religiosa de los etíopes.

En las ciudades donde la compañía tenía colegios de debía asignar a un padre y a un hermano para que recorrieran los campos y catequizaran a los esclavos que en ellos trabajaran y a otro padre para que los atendiera en la ciudad. Éste debía poco a poco conformar una parroquia de negros, conseguir una iglesia para celebrar misa y predicar a los esclavos los días de fiesta y por la tarde enseñar el catecismo. Con los más aprovechados fundar una congregación⁶.

Acordes con estos principios, los jesuitas, específicamente en Cartagena, fueron quienes em-

1 Chartier, Roger. *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa. 1992. pág. 49.
 2 Chartier. R. *El mundo como representación*, pág. 57. El concepto de representación también es entendido en este artículo de la manera como lo expresa Alvaro Acevedo Tarazona: “Otra función de la historia es entenderla como representación, es decir, cómo aquello que ocurrió en tal época fue percibido por los contemporáneos de esa época y posteriores... no sólo a la manera de una representación de las grandes ideas... sino cómo la gente común entiende el mundo...” “Los retornos de la historiografía. La historia política y del acontecimiento”. *Historia y Espacio*, nº 23. Universidad del Valle. Cali. 2004. pág. 128.
 3 Etíope, hombre de rostro quemado, es el término utilizado por el padre Alonso de Sandoval, en su obra *De Instauranda Aethiopiae Salute*, que él mismo traduce como *Tratado de cómo se ha de restaurar la salvación de los negros*, para denotar a los africanos negros. Otros autores de los siglos XVI y XVII también usan este término para referirse a los negros. Luz Adriana Maya dice en su libro *Brujería y reconstrucción de identidades entre los africanos y sus descendientes en la Nueva Granada, siglo XVII*, que Sandoval se apoyó en Plinio quien llamaba etíope al hijo de Vulcano que reinaba en Etiopía. Bogotá: Ministerio de Cultura. 2005. pág. 228. El mismo Alonso de Sandoval, en el capítulo II, titulado “De la naturaleza de los etíopes, que comúnmente llamamos negros”, explica la utilización que hace del nombre “etíope”. Al respecto dice que Etiopía fue llamada por algunos doctores *Ethera*, esfera, cielo, o elemento del fuego. Plinio tomó la denominación de etíope, del hijo de Vulcano y otros afirmaban que etíope venía del verbo cremo, que significa quemar, de allí que era lo mismo decir etíopes que hombres de rostro quemado. Alonso de Sandoval. *Un tratado sobre la esclavitud*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, pág. 69. Un estudio serio y detallado sobre los significados del término etíope en Alonso de Sandoval lo realiza el antropólogo Eduardo Restrepo en su ponencia: “Historicidad de las alteridades de la ‘diápora africana’: hacia una eventualización de ‘casta’, ‘raza’ y ‘etnicidad’ en Colombia” expuesta en la reunión de LASA, marzo, 2006 en San Juan de Puerto Rico. El presente artículo utiliza el término etíope para referirse a los pueblos negros de África occidental.
 4 Por transculturación se entienden los fenómenos resultantes cuando grupos de individuos con culturas diferentes entran en contacto, con los consiguientes cambios en los patrones de la cultura original de uno de los grupos o de ambos. Herskovits, Melville J. *El hombre y sus obras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1952, pág. 565.
 5 Laviña, Javier. “Iglesia y esclavitud”, *Doctrina para negros*, Barcelona, Sendai, 1989, págs. 45 y 47.
 6 Pacheco, Juan Manuel, S.J. *Los jesuitas en Colombia*, t. I, Bogotá, Editorial San Juan Eudes, 1959, pág. 246.

prendieron una labor catequizadora impregnada de humanitarismo que estuvo en manos del padre Alonso de Sandoval quien desempeñó el “ministerio de los negros” desde 1605, cuando se instaló la casa de la compañía en Cartagena, hasta 1652, año de su muerte⁷. Lo acompañó en esta empresa el padre Pedro Claver a partir de 1616⁸. Después de la muerte de los dos jesuitas, los miembros de la orden continuaron atendiendo las necesidades espirituales y físicas de los bozales y ladinos⁹ de la gobernación.

Sandoval escribió el primer tratado de cómo realizar la cristianización de los esclavos recién llegados de África. Obtuvo información sobre el transporte, las condiciones de traída de los esclavos y sus formas de vida en África, a través de lecturas eruditas, por correspondencia con jesuitas que vivían en África, en conversaciones con viajeros, mercaderes de esclavos, pilotos y capitanes de navíos y a través de la propia experiencia en el contacto con las diversas castas¹⁰ de africanos arribados a Cartagena.

La labor de los jesuitas ha podido conocerse y trascender históricamente gracias a que la orden tenía entre sus responsabilidades dar cuenta de su trabajo misional a través de las *Cartas annuas*, que, para el historiador contemporáneo, se constituyen en fuente primaria que permite descifrar, entre otras cosas, las representaciones que la narrativa de las cartas expresan sobre los etíopes.

El presente artículo parte de varios interrogantes suscitados por el contenido de las *Cartas Annuas*. Su objetivo es darles respuesta a través de la lectura interpretativa juiciosa de las cartas de la provincia jesuítica del Nuevo Reino y Quito, correspondientes al colegio de Cartagena, durante el siglo XVII. La lectura de las cartas llevó al planteamiento de cuatro preguntas fundamentales. La primera de ellas, busca explicar lo que eran las *Cartas Annuas* y su significado para la Compañía de Jesús. La segunda, aprovecha la información que las cartas ofrecen sobre el contexto en el que se instalaban las casas, los colegios o se desarrollaba la labor misional para describir la vida social y la casa jesuítica de Cartagena. La

tercera, está relacionada con el propósito central del artículo y tiene que ver con las representaciones jesuíticas que manifiestan las cartas sobre la población etíope. La cuarta, da cuenta de un hecho inusitado en el devenir histórico de la ciudad y fue la presencia de un embajador del reino africano de Arda en 1657. La quinta, intenta resolver las inquietudes que condujeron a un debate sobre la legalidad de los bautismos de los bozales celebrados por los jesuitas en Cartagena.

II. ¿Qué entendemos por *Cartas Annuas*?

De manera breve y sencilla se puede afirmar que las *Cartas Annuas* eran documentos que se escribían anualmente y que eran enviados al general de la orden en Roma, en los que se relataban los principales hechos acontecidos en una provincia jesuítica durante ese período. Se nutrían de los escritos que anualmente remitían las casas y colegios regionales a su respectivo provincial. Estas crónicas o relaciones sirvieron para preservar la historia de la orden; eran *Historia Domus*, es decir, historia de la casa, escrita por cada una de las comunidades. No eran literalmente cartas puesto que no pertenecían al orden epistolar, más bien, eran crónicas de carácter histórico.

El jesuita Juan Manuel Pacheco dice que entre los miembros de la Compañía de Jesús se llamaban *Cartas Annuas* a las extensas relaciones en las que se consignaban los principales sucesos de cada una de las casas de la provincia¹¹.

Las *Cartas Annuas* hacen parte de la tradición narrativa milenaria de la que habla Lawrence Stone. Aunque no pertenecen a una “historia científica” a la manera de Ranke, sí constituyen una “*historia domus*”, especie de crónicas con una composición narrativa de gran validez histórica. Fue un modelo ideado por los jesuitas que se convirtió en elemento de cohesión de la orden. Actualmente, cuando cierto número de “nuevos historiadores”, al decir de Stone,

7 Datos sobre la vida y obra de Alonso de Sandoval en Pacheco. *Los jesuitas en Colombia*, t. I. págs. 247-268. También en Pacheco, Juan Manuel. “El maestro de Claver: padre Alonso de Sandoval”, *Revista Javeriana*, n° 42. Bogotá. 1954. págs. 146-155.

8 El padre Sandoval recurrió al general de la compañía solicitándole el nombramiento de un colaborador en su labor catequizadora; el provincial le nombró al padre Claver. Pedro Claver recibió su ordenación sacerdotal en Cartagena en 1616 y se le destinó a acompañar al padre Sandoval en la evangelización de los esclavos. A ello se dedicó hasta su muerte en 1654. Pacheco, Juan Manuel, S.J. “San Pedro Claver apóstol y bienhechor de los negros”. *Revista de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica*, n° 29-30, Bogotá, 1973, pág. 88. Eguren, Juan A., S.J. “Sandoval frente a la raza esclavizada”. *Revista de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica*, n° 29-30, Bogotá, 1973, pág. 76.

9 Por bozal se entendía al esclavo africano recién llegado que todavía no conocía los rudimentos de la fe, de la lengua castellana y de la cultura. Ladino era el que ya tenía conocimientos sobre la cultura española.

10 Por casta se entendía la “nación”, es decir el grupo africano cultural, lingüístico y/o político de donde procedía el esclavo. También se usó para significar el resultante del cruce de español con indígena o negro y todos sus mestizos.

11 Pacheco. “San Pedro Claver...” pág. 89.

está regresando a lo narrativo, las *Cartas Annuas* adquieren una nueva dimensión¹².

A pesar de la oposición de algunos historiadores a una forma tradicional de narración histórica que deja de lado la historia estructural, lo que sí es cierto es que el relato nunca ha podido ser totalmente abandonado. Su valor se reafirma actualmente cuando los historiadores han emprendido una búsqueda de nuevas formas narrativas¹³.

Las *Cartas Annuas* son documentos valiosos para el historiador del mundo colonial hispanoamericano. Se constituyen en fuentes primarias de importancia porque consignan datos bastantes fidedignos sobre el acontecer social de las poblaciones donde las casas y colegios de jesuitas estaban inscritos. De allí su utilidad para la historia urbana. Este sentido se amplía al conocimiento regional y adquiere carácter antropológico cuando se trataba de misiones en territorios de indígenas¹⁴.

Sobre el origen e importancia de las *Cartas Annuas* podría decirse mucho más. Su origen se enlaza con la fundación de la Compañía de Jesús cuando san Ignacio elevó la correspondencia al nivel de órgano ordinario de gobierno¹⁵. Este hecho tendría innegable valor para la conservación de los documentos y la existencia de un archivo para preservarlos.

A pesar de que en los primeros tiempos los compañeros de san Ignacio eran pocos, el santo instituyó un medio para prevenir los obstáculos de la dispersión y movilidad. Por órdenes del Papa o por invitación de los príncipes europeos, los jesuitas eran enviados a regiones tan diversas como Polonia, Portugal, India, Brasil y Japón. Era vital para el fundador y cabeza de los jesuitas conservar un control suficiente de sus miembros para quienes no era menos importante sentirse parte de una orden dotada de caracteres específicos acentuados en la formación de un espíritu de cuerpo.

Un medio eficaz era la correspondencia asidua entre los inferiores con su superior: una circulación de noticias que mantuviera al corriente a los unos del trabajo de los otros. Los superiores, general y provinciales, tenían la responsabilidad de crear esta atmósfera.

En la Constitución de la orden se estableció la frecuencia de las cartas. Originalmente, quien estaba en misiones fuera de su sede debía escribir cada semana a su provincial; los provinciales seguirían la misma norma con el general si vivían en el mismo país, si no, escribirían mensualmente. Los superiores de las casas y colegios escribirían a Roma mensualmente y el general se esforzaría por responder a los provinciales, al menos, una vez al mes¹⁶.

Con los peligros que representaba el transporte de los mares se tomaron dos medidas preventivas que se convirtieron de uso común como fórmula de escritura de las cartas. La primera de ellas era mencionar en el encabezado de la carta la fecha de la última recibida de Roma y la fecha del último correo escrito. Era importante el enlace entre las crónicas, entre la anterior y la que se escribía, para que no quedaran vacíos de información. La segunda medida preventiva consistía en enviar las cartas, al menos, por duplicado por dos vías y rutas diferentes. En ocasiones se escribieron tres copias, dejando una para el archivo provincial. Aun así, ocasionalmente, se perdieron algunas.

Los inicios de las cartas propiamente dichas, como relaciones de los hechos de las casas y colegios, fueron modestos. Se establecieron las cartas cuatrimestrales, redactadas casa por casa, a menudo por uno de los miembros más jóvenes de la comunidad, comisionado por el padre rector. Con el crecimiento de la orden, y después de una breve fase de transición de cartas semestrales, se dio origen a las *Cartas Annuas*. El esquema clásico de su escritura era organizar la relación casa por casa. Con el crecimiento de las provincias se optó, hacia finales del siglo XVII, por una redacción más unitaria distribuida en capítulos según las actividades principales tanto espirituales como apostólicas. Cuando el mismo superior asumía la responsabilidad de la redacción, introducía, además del relato histórico, una descripción geográfica y etnográfica de la provincia correspondiente.

Los asuntos tratados en las *Cartas Annuas* eran vastos: descripción de la vida de la casa y de la comunidad, sus conflictos, los festejos del colegio, noticias sobre incendios, epidemias, espectáculos teatrales y las nuevas construcciones emprendidas durante el

12 Stone, Lawrence. "El renacer de la narrativa: reflexiones sobre una nueva vieja historia", *Eco*, n° 239, Bogotá, 1981, págs. 449, 451 y 465.

13 Burke, Peter. "Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración", en *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1996, pág. 304.

14 Como dice el antropólogo colombiano Eduardo Restrepo, "las *Cartas Annuas* son documentos de gran valor para entender no sólo las representaciones sobre los esclavizados sino también porque arrojan luces sobre los diferentes aspectos de la cotidianidad y la institucionalidad en las que estaban inmersos". Comunicación personal, agosto, 2006.

15 Lamalle, Edmond., S.J. "L' archivo di un grande ordine religioso. L' archivo generale della Compagnia di Gesù" *Archivum Ecclesiae*. Anni XXIV-XXV, 1981-1982, pág. 93.

16 Lamalle, E. "L' archivo di un grande ordine religioso. L' archivo generale della Compagnia di Gesù", pág. 94.

año. Toda casa o colegio hacía su crónica anual. En ésta incluían: las muertes de sus miembros acaecidas durante el año, los nuevos huéspedes recibidos y las razones de su llegada, así como acontecimientos sobresalientes como guerras, terremotos o pestes. Podría decirse que la orden hubiera establecido una especie de guión que debían seguir todas las comunidades para dar homogeneidad a los diversos relatos. Generalmente las escribía un cronista pero el superior era el responsable, aunque no siempre apareciera su firma. Las *Cartas Annuas* se hacían circular entre las principales casas de la provincia y se leían públicamente, en el refectorio, durante las comidas.

En el Archivo de la Compañía de Jesús (ARSI)¹⁷ de Roma, se encuentran las *Cartas Annuas* del siglo XVII, de la provincia jesuítica del Nuevo Reino y Quito. Son documentos de gran valor para el estudio histórico y antropológico de los africanos, llamados etíopes en ese entonces, recién llegados a Cartagena, puerto de entrada al continente suramericano. De allí la importancia de la correspondencia de esta provincia, que incluía la casa y posterior colegio de Cartagena, con la casa general de la compañía en Roma.

La primera casa de la compañía que se fundó en lo que sería el territorio colombiano, fue la de Cartagena. En 1604, por el mes de julio, llegaron en los galeones cuatro sacerdotes y dos hermanos para la fundación de ésta. La ciudad los recibió con muestras de afecto y benevolencia. Para 1605 ya estaba fundada la casa¹⁸. Ese mismo año llegó a esta sede, procedente de Lima, el padre Alonso de Sandoval.

Aunque Sandoval había nacido en Sevilla, España, desde niño se trasladó con su familia a Lima donde su padre ocupaba un importante puesto al servicio de la burocracia colonial. Desde su ingreso a la casa de la compañía de Cartagena, hasta su muerte a media-

dos del siglo XVII, dedicaría su vida a la atención de los africanos recién venidos de su tierra y a la preparación de su obra *Naturaleza, policía sagrada i profana, costumbres i ritos, disciplina i catecismo evangélico de todos los etíopes*, publicada en Sevilla, en 1627. Los años siguientes continuó trabajando en su obra y en 1647, se editó una versión corregida y aumentada del primer tomo de su libro mejor conocido con el título *De Instauranda Aethiopia Salute. Historia de Aethiopia, naturaleza, policía sagrada y profana, costumbres, ritos y catecismo evangélico, de todos los aethiopes con que se restaura la salud de sus almas*, publicado en Madrid¹⁹. Participó en algunas misiones en las zonas de influencia de la provincia de Cartagena como Urabá, Santa Marta y la zona minera antioqueña de Cáceres, Remedios y Zaragoza. Estuvo en Lima recogiendo información para su libro de 1617 a 1619. Fue nombrado procurador general de la provincia en 1620 y rector del colegio de Cartagena en 1623. Durante el ejercicio de su actividad sacerdotal tuvo problemas con la inquisición por no expresarles “el debido respeto”, específicamente cuando era rector del colegio y con el obispo, porque éste argumentaba que los jesuitas se excedían en su competencia de bautizar a los esclavos, lo que debería ser efectuado por los curas párrocos²⁰.

En 1610, los superiores del padre Sandoval lo describían como un sacerdote de treinta y dos años, dotado de buenas fuerzas, quien desde junio de 1595 pertenecía a la compañía; en cuanto al tiempo y los estudios realizados se decía que tenía dos años de artes, dos de teología y dos de moral. No era graduado en letras y en la compañía había recibido los votos de escolar. Entre los ministerios en que se había ejercitado en el desempeño de sus funciones sacerdotales estaban la lectura de latín, el de ministro procurador de la provincia y el de “obrero”²¹ de españoles y negros²².

17 La sigla equivale a *Archivium Romanum S.I.* Para la provincia del Nuevo Reino y Quito, específicamente para el siglo XVII, existen varias cartas aunque su secuencia no cubre todos los años de esa centuria. Es probable que en algunos años no se hubieran escrito, que para otros se hubieran perdido o que cubrieran un período de varios años. Las cartas del siglo XVII se encuentran en los tomos 12 al 15. El tomo 12 recoge las cartas de 1605, 1606, 1608-9, 1611-12, 1615, 1642-52. El tomo 13, las de 1655-1693, 1694-1698, 1695-1720. En el tomo 14 hay cartas de 1587 a 1673 y en el tomo 15 de 1673 a 1735.

18 El 22 de junio de 1605, el arzobispo del Nuevo Reino escribió carta al rey en la que informa la llegada de doce religiosos de la compañía, uno de los cuales murió en el viaje y los once restantes fueron repartidos entre Cartagena y Santa Fe. Suplicó a su majestad el envío de por lo menos dos docenas de religiosos puesto que se necesitaban en diversos ministerios: predicadores, confesores, sacristanes, porteros y otros más para ir a las misiones. Archivo General de Indias, Santa Fe, n° 225.

19 Es importante destacar la obra de Alonso de Sandoval en el campo de los estudios africanistas. Gracias a ésta es posible indagar sobre el origen, las culturas de procedencia y las lenguas de los africanos traídos como esclavos al Nuevo Mundo. Sus aportes son valiosos en las áreas de antropología, historia y sociología. Para el conocimiento de las distintas versiones de la obra de Sandoval es preciso consultar los trabajos de Eduardo Restrepo quien estudia las características de las dos ediciones que se publicaron en vida de Sandoval. “*De Instauranda Aethiopia Salute*: sobre las ediciones y características de la obra de Alonso de Sandoval”. *Tabula Rasa*, n° 3, Bogotá, 2005; “Historicidad de las alteridades...” Para otros análisis de la obra de Sandoval véase el libro de Olsen, Margaret M. *Slavery and Salvation in Colonial Cartagena de Indias*, Gainesville, University Press of Florida, 2004. También, la segunda parte del libro de Luz Adriana Maya titulada “Los ídólatras y los cimarrones frente a la evangelización en la Nueva Granada, siglo XVII” págs. 215-498. Maya. *Brujería y reconstrucción de identidades...*

20 González, Fernán E., S.J: *Los jesuitas en la historia colombiana: la compañía en los tiempos coloniales*, págs. 5-6.

21 Actualmente en la compañía de Jesús se utiliza el término operario.

22 *Archivium Romanum Societatis Iesu*. En adelante: ARSI. *Catálogo general de los colegios, residencias y misiones*.

La acción de Sandoval fue definitiva en la escritura de las *Cartas Annuas*. Específicamente, las de la primera mitad del siglo XVII reflejan su influencia. Aunque no mencionan su nombre, la narrativa de las cartas manifiesta sus ideas, además de ser protagonista importante de los hechos de este período relacionados con la esclavitud²³.

Los últimos años de su vida, Sandoval padeció una grave enfermedad infecciosa, adquirida por contagio, que cubrió su cuerpo de llagas y tumores. De ésta murió en Cartagena en 1652.

III. ¿Cómo describen las *Cartas Annuas* la ciudad y el colegio de Cartagena?

Una de las más importantes características de las *Cartas Annuas* fue la descripción del medio donde estaba inscrita la casa, el colegio o la misión de los jesuitas. Se convertían en un verdadero estudio geográfico y antropológico que permite reconstruir las condiciones del medio ambiente y de sus habitantes. A ello se agregaban los acontecimientos significativos que habían marcado el período descrito en aspectos naturales, sociales o políticos. De esta forma, es posible discernir el comportamiento de las epidemias, los efectos de las guerras o invasiones extranjeras y las luchas entre los representantes del poder.

En la primera mitad del siglo XVII, las *Cartas Annuas* de la provincia jesuítica del Nuevo Reino y Quito inician su relato presentando un estado general de la provincia, posteriormente, se dedican a dar cuenta de los sucesos de cada una de las casas y colegios. En lo que respecta a la casa de Cartagena reseñan las características de la ciudad y la importancia de su puerto.

Según las cartas de la primera década del siglo, la ciudad de Cartagena estaba entre las principales y su puerto era el más famoso de las Indias; tendría más de trescientos vecinos para un total de unos dos o tres mil españoles que tenían a su servicio de tres a

cuatro mil esclavos negros. Había en ella hospital, cárcel y un presidio de soldados con doscientos hombres, tres fuertes poblados de gente y dos galeras. A su puerto arribaban navíos extraordinarios venidos de España, México y de las islas Canarias, Terceras, Barlovento y naos de contratación procedentes de Portugal, Cabo Verde y de los ríos y puertos africanos desde donde embarcaban gran cantidad de esclavos, muchos de ellos para trasladar al Perú. El puerto de Cartagena era parada obligada de los galeones del rey que cada año arribaban por la plata del Perú y por el oro del Nuevo Reino, así como de las flotas que cada dos años despachaban de España con gruesas cantidades de mercaderías y en las que se movilizaban entre dos mil y cuatro mil personas. Cuando llegaban las flotas y galeones se congregaba en la ciudad gran cantidad de gente y ésta adquiría un ambiente festivo y violento. En la comarca vecina a la ciudad había poblaciones y otras más en las cercanías del río Grande de la Magdalena. Tanto éstas como las gobernaciones de Santa Marta y Caracas demandaban la presencia de los jesuitas²⁴.

Dentro de la ciudad y fuera de ella, en las estancias y pueblos comarcanos había, además de indios, unos ocho mil esclavos negros de servicio, en 1609²⁵. El pueblo de Tolú, el obispado de Santa Marta, el Río de la Hacha, Mompo, Tenerife y los llanos del río Grande de la Magdalena concentraban gran cantidad de indios. Para acudir a tanta gente estaban los cuatro padres y dos hermanos jesuitas que habían llegado asignados de Castilla, los cuales trabajaban como obreros espirituales infatigables²⁶.

La *Carta Annuas* de 1609, calculaba que cada año entraban a Cartagena dos o tres mil esclavos africanos ya que en esta ciudad se encontraba el derecho de descarga y el contrato de esclavos. Aquí los compraban para trasladarlos a Perú, México, islas de Barlovento y Tierra Firme. Cada armazón traía de trescientos a cuatrocientos bozales²⁷.

Para ese año, los religiosos jesuitas eran conscientes de la severa disminución de la población indígena. Daban cuenta en sus cartas de cómo los indios naturales de la tierra se estaban acabando. Los pueblos se iban reduciendo y en ellos se encontraba poca gente²⁸.

23 Las *Cartas Annuas* de aquellos años mencionan sin especificar sus nombres a "dos padres fervorosos y de singular caridad y celo de la salvación de estos pobres (esclavos)", haciendo alusión a los padres Sandoval y Claver. Pacheco "San Pedro Claver..." pág. 89.

24 ARSI. *Cartas Annuas, Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1605 y de 1606, t. I, parte I, n° 12. fls. 14-15 y 29v.

25 Según la carta de 1605 había en la ciudad de tres a cuatro mil esclavos negros; en la de 1606 se dice que había dentro de la ciudad y fuera de ella en estancias y pueblos de seis a siete mil negros y en la de 1608-1609 el número ascendió a ocho mil.

26 ARSI. *Cartas Annuas, Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1606, t. I, parte I, n° 12. fl. 29v. Otros datos sobre la ciudad y la fundación de la casa de la compañía en Cartagena pueden consultarse en Pacheco. *Los jesuitas en Colombia*, t. I, págs. 90-99.

27 ARSI. *Cartas Annuas, Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1608-1609, t. I, parte I, n° 12. fl. 55. Por armazón se entendía el barco o navío dispuesto para el tráfico de esclavos en el siglo XVII.

28 ARSI. *Cartas Annuas, Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1608-1609, t. I, parte I, n° 12, fl. 55.

En 1612 estaban llegando anualmente a la ciudad y puerto de Cartagena de doce a catorce navíos de esclavos procedentes de los ríos de Guinea, del puerto de Loanda, de Santo Tomé y de Cabo Verde, en los que vendría un total de cuatro a cinco mil almas. El porcentaje de los que arribaban a Cartagena no era tanto en comparación con los que salían de sus lugares de origen, así, por ejemplo de Loanda, de donde sacaban angolas y congos, eran embarcados por año doce mil esclavos para diferentes destinos²⁹.

El colegio de jesuitas en Cartagena ya estaba constituido para 1611. Residían en él seis padres y cinco hermanos coadjutores. Uno de los padres "leía" dos clases de latinidad, otros dos eran "obreros de negros", uno de los cuales atendía los ladinos y, el otro, a los medio bozales y a los que lo eran totalmente³⁰. Los otros tres padres se ocupaban del ministerio de los españoles sin olvidarse de los morenos, como tampoco lo hacían los obreros de los morenos de los españoles. Igualmente, los padres de la casa se ocupaban de los sermones. El sermón donde más fruto se recogía era el de los domingos en la iglesia catedral, especialmente, por la gente necesitada que acudía y por la enseñanza de los ministerios que se hacía para los morenos, imposibilitados de aprenderlos por otra vía.

Los jesuitas habían organizado en Cartagena una congregación de seculares a la que pertenecía lo más granado de la sociedad. Fuera de ésta había otra en el colegio para los estudiantes y otra más para los morenos. Estos últimos no tenían otro maestro ni a quien recurrir en sus miserias que al padre de su congregación³¹.

En 1615, el puerto de Cartagena seguía ganando en importancia. De éste decían los jesuitas era la llave de Tierra Firme, Perú y Nuevo Reino de Granada, desde donde pasaban los esclavos africanos. Ese año, el jubileo de las cuarenta horas fue suntuoso, para tal evento la iglesia fue adornada con lujo y las confesiones se lograron en gran número. Por esas fechas el colegio de la compañía tenía quince sacerdotes y siete hermanos que les colaboraban³².

Aunque el verdadero cambio en estructura de las *Cartas Annuas* se realizó a finales del siglo XVII, por un sentido más unitario, en vez de describir casa

por casa, en la *Carta Annuas* que recoge el período entre 1642 y 1652, se nota una nueva organización por capítulos. El capítulo quinto está dedicado al colegio de Cartagena.

El padre Francisco Picco, que es quien firma la carta, al referirse a la ciudad dice que era una de las principales de América, con el puerto más famoso a donde arribaban las flotas y galeones y concurrían con frecuencia navíos de comercio de Barlovento, Cuba, Santo Domingo, Jamaica, Nueva España; además del comercio con el Nuevo Reino que se realizaba por tierra y por el río Magdalena. Por ser el puerto principal de las Indias era el más codiciado por los enemigos de la corona española, por esto, su majestad había establecido allí un gobernador entrenado en asuntos de guerra con sargento mayor y capitanes de milicia, con presidio³³ permanente. La ciudad estaba amurallada, sus castillos permanecían con centinelas y gran número de artillería.

La ciudad era cabeza de obispado y sede del Tribunal de la Inquisición que tenía una dilatada jurisdicción que comprendía: el Nuevo Reino, las islas de Cuba, Española, Margarita y las gobernaciones de Venezuela y Tierra Firme. También gozaba de muchos conventos de religiosos y maravillosos edificios.

El colegio de la compañía había tenido desde su fundación glorioso nombre, por los religiosos que habían trabajado por el bien de la ciudad y por el "ministerio de los negros" que con fruto habían atendido. Al respecto se había escrito mucho en libros y en *Cartas Annuas* antiguas, en el momento actual (1652), había cesado el tráfico de esclavos, en gran parte, aunque los pocos esclavos que llegaban al puerto eran atendidos con celo por los jesuitas.

El colegio sólo tenía siete sacerdotes, incluyendo el rector y cinco hermanos coadjutores, siendo en su mayoría ancianos que debían atender variados ministerios: asistencia a la inquisición, el presidio y gran número de esclavos, puesto que en la ciudad ya no había casi indios de servicio³⁴.

Como había quedado establecido desde el origen de las *Cartas Annuas*, éstas debían relatar los acontecimientos sobresalientes de cualquier índole. De allí

29 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1611-1612, t. I, parte I, n° 12, fl. 90v

30 Aunque la carta *annua* no menciona expresamente los nombres de los jesuitas que atendían las necesidades espirituales de los esclavos, sin duda, a uno de los que hace referencia es el padre Alonso de Sandoval. El padre Pedro Claver se incorpora al ministerio de los negros en 1616.

31 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1611-1612, t. I, parte I, n° 12, fl. 90v.

32 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1615, t. I, parte II, n° 12, fl. 167v-168.

33 Presidio en ese entonces era una guarnición de soldados.

34 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1642-1652, t. I, parte II, n° 12, fls 201-202.

que el padre Picco hiciera una crónica de lo que él consideraba un extraño prodigio de la naturaleza. La bahía de la ciudad de Cartagena tenía dos entradas diferentes, una llamada Bocagrande y otra, Bocachica; la diferencia de los nombres correspondía al servicio que cada una prestaba. Por Bocagrande entraban y salían las armadas y los barcos de comercio más grandes.

“Este caño de mar... poco a poco fue cegándose de arenas y... ha venido finalmente a cerrarse de modo que por donde antes entraban los navíos de alto borde, con muchas brasas de aguas... andan hoy los coches, las mulas y los hombres a pie enjuto. Y los mismos sitios donde azotaban los oleajes se ven poblados de incultas armazones, siendo caminos ya en tierra firme los que antes eran trasiego de galeones; con que todas las entradas a la bahía se han reducido a Bocachica”³⁵.

En otras palabras, el hecho que relata la carta es la sedimentación de la entrada al puerto por Bocagrande y la sustitución de ésta por la apertura de Bocachica, que en adelante se convirtió en la única vía de llegada a la bahía.

En este mismo sentido, la carta dedica un apartado a relatar los acontecimientos relacionados con la peste que sufrió la provincia de Cartagena, en 1651. Según el padre Picco, en ese año la ciudad experimentó, por razones desconocidas que podrían estar relacionadas con la infestación de las costas de las Indias, alguna pestilencia o prendas de vestir contagiadas, una gravísima peste que causó la muerte a muchos de sus habitantes. Los médicos no hallaron en los libros de estudio ni en los años de experiencia un “ejemplar de achaque tan nocivo”. La enfermedad no cedió a su rigor con las medicinas.

“Andaba la muerte que no sólo igualaba al grande con el pequeño, al poderoso con el pobre, al que ocupaba el gran puesto con el más miserable... Muchos que vinieron de España y libraron de naufragio en el océano, en el mismo puerto encallaron con sus vidas, otros naufragaron antes del riesgo de los mares”³⁶.

Esta carta de mediados de siglo merece especial consideración puesto que demuestra la grave crisis económica y social que estaba sufriendo la ciudad y la

provincia de Cartagena. El tráfico de esclavos se había detenido como consecuencia de la secesión portuguesa de la corona española. Los contratos con los asentistas lusitanos habían dejado de existir y los factores y mercaderes de esa nación que habitaban la ciudad habían sufrido la persecución del Tribunal de la Inquisición. Los que se salvaron de los tormentos propinados por el santo oficio a raíz de sus acusaciones por profesar la herejía judaizante, tuvieron que abandonar la ciudad y perdieron sus haciendas. Esto afectó el comercio general de la ciudad pues los portugueses eran los principales mercaderes. La falta de esclavos, debida a la suspensión del tráfico y a la epidemia que atacó la población en general, afectó el trabajo agrícola de las estancias, lo que trajo como corolario la escasez de productos para abastecer la ciudad y la provincia.

La ciudad decayó y con ella sus principales instituciones. Hasta el colegio de los jesuitas se vio afectado porque no volvió a nutrirse con nuevos sacerdotes que remplazaran a los fallecidos a causa de la epidemia y los que había eran ancianos. Esta situación fue otra causal de la ruina de la provincia. Como relata el padre Picco, gran parte de los habitantes perdieron la vida. De ella no escaparon los españoles y mucho menos la diezmada población indígena indefensa ante la presencia de un nuevo flagelo. La ciudad se quedó sin indios de servicio. Los esclavos negros también la padecieron.

Desde 1660 y hasta 1694³⁷, no hay registro de *Cartas Annuas* en el archivo de la compañía de Roma. Las razones para este déficit no son claras. Podría ser que no se escribieran ante la decadencia de la ciudad o que sus originales se hubieran perdido. La correspondencia vuelve a reanudarse en 1694 cuando se envía a la casa general de Roma una que abarca desde 1694 hasta 1698. Esta carta contiene generalidades sobre la provincia, persecuciones sufridas, milagros de san Ignacio y san Francisco Javier, descripción del colegio de la compañía de Santa Fe y de los colegios y sedes provinciales, relato de las misiones, expediciones y eventos singulares.

Al tratar sobre el colegio de Cartagena, el cronista dice que podría servir de ejemplo de un colegio pobre de la provincia. De muy rico que había sido en otros tiempos se encontraba decaído, especialmente en cuestiones económicas. Una de las causas era que

35 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1642-1652, t. I, parte II, n° 12, fl. 201v.

36 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1642-1652, t. I, parte II, n° 12, fl. 202. Jorge Conde dice que el contagio al que se alude fue una peste de fiebre amarilla que atacó la ciudad en 1651. *Espacio, sociedad y conflicto*, tesis de maestría, Universidad Nacional, Barranquilla, 1994, pág. 102. El primer nombre que los españoles dieron a la fiebre amarilla fue el de “modorra pestilencial”; también se conocía con el nombre de vómito negro.

37 Con excepción del tomo I n° 14 que recoge documentos sobre varios aspectos y hace relación de sucesos ocurridos entre 1587 y 1678.

los jesuitas habían sido obligados, por la gobernación de la provincia, a construir a su costa una muralla y dos baluartes debido a que el colegio había sido fundado sobre la muralla, gracias a una licencia que les había sido otorgada. No obstante, con el tiempo, un gobernador adverso a la compañía remitió informes de este hecho al Consejo de Indias, el cual ordenó demoler la casa de la compañía. Los jesuitas para no derruir la casa donde habían vivido varones insig-nes, entre ellos el venerable Pedro Claver, tomaron la decisión de:

“levantar nueva y mejor muralla delante del mismo colegio por la parte que mira al puerto de Bocachica”³⁸.

A pesar de las borrascas que amenazaron la ruina del colegio, éste empezó su recuperación. Pasó a dirigirlo su antiguo procurador quien había mantenido sus haciendas en ascenso. Empezó a construirse una nueva iglesia, labor que fue interrumpida por la invasión de la armada francesa que sacudió la ciudad.

A mediados de 1690, la ciudad fue asediada por una escuadra francesa compuesta por veinticinco navíos, la mayoría de ellos pequeños y pertenecientes a piratas convocados por el gobernador de [Pitiguan] quien a su vez participaba en la armada. A su arribo, desembarcaron de tres a cuatro mil hombres, batieron los muros de la ciudad con artillería gruesa y se tomaron, con poca resistencia, el castillo de Bocachica y el barrio de Getsemaní. Derribaron muchas casas, una de las cuales al caer derribó el retablo del altar mayor de la iglesia de los religiosos de San Juan de Dios. La ciudad estaba tan horrorizada que el pueblo pedía a voces capitular con el enemigo. Fue así como se pactó con algunas condiciones, por ejemplo, que los franceses no tocaran los templos ni las casas de religiosos y que no se agravara a los eclesiásticos en su persona, hacienda y alhajas.

Ajustadas las condiciones, salió el gobernador de la plaza con la gente de guerra y armas y gran multitud de mujeres, hombres y niños. Evacuada la gente de la plaza, entraron los franceses a recoger la plata y el oro de los vecinos y forasteros y sin guardar su palabra entraron a las casas de las órdenes religiosas y las despojaron de todo lo que había en ellas de valor; hicieron lo mismo con las iglesias, donde no dejaron ni las campanas³⁹.

Esta crónica es un vívido relato de los sucesos acaecidos en Cartagena por la invasión de los franceses.

Sin duda se trató de un hecho que afectó a la población entera y que la mantuvo en vilo, mientras sufría la presencia de quienes, por ese entonces, eran enemigos de la corona española. No deja de llamar la atención que unos años más tarde, al comenzar un nuevo siglo, las coronas española y francesa unieran sus destinos.

Por esta época el tráfico de esclavos se había restablecido sistemáticamente y los asientos firmados con nacionales extranjeros volvían a introducir africanos al puerto cartagenero. Los ingleses y holandeses habían recibido autorización para sacar esclavos de la isla de Jamaica. Según los jesuitas, venían entre los cautivos muchos herejes y no pocos judíos porque habían aprendido la religión de sus primeros propietarios. De ello fue informado el Consejo de Indias y el Tribunal del Santo Oficio.

IV. ¿Qué representación hacen las *Cartas Annuas* de los etíopes?

Ante todo es preciso decir que las *Cartas Annuas* relacionan la entrada masiva de los etíopes, por el puerto de Cartagena, a territorios de la Audiencia del Nuevo Reino, con la disminución de la población indígena. La carta de 1609 no duda en afirmar que después de que entraron los españoles al Nuevo Mundo, los naturales de la tierra se fueron acabando, había pocos pueblos y en ellos la gente escaseaba. En su lugar se acudió al servicio de los negros procedentes de Angola y de los ríos de Guinea. En el mismo documento se calculaba su población en unos ocho mil a la que, en asuntos religiosos consideraba tan necesitada y desamparada como los indios

“antes más capaz y dócil para recibir la fe por no tener adoración ninguna y más dispuesta para vivir conforme a razón”⁴⁰.

Vivía tan ocupada en el servicio de sus amos que no les quedaba tiempo para desórdenes y vicios, además, gozaba de la asistencia de dos “obreros” dedicados especialmente a ellos, que trabajaban incansablemente.

Las representaciones de las *Cartas annuas* en cuanto a los etíopes tienen que ver con su religiosidad. A la vez que los consideraban urgidos de enseñanza religiosa, les parecían seres aptos para recibir la fe cris-

38 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1694-1698, t. II, nº 13, fl. 384.

39 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1642-1652, t. I, parte II, nº 12, fl. 389v.

40 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1608-1609, t. I, parte I, nº 12, fl. 55.

tiana y vivir conforme a ella puesto que carecían de religión y, por tanto, había más posibilidad de que asimilaran el cristianismo. Según esta visión, el excesivo trabajo y la actividad evangelizadora de los jesuitas servían de control para no caer en malas costumbres. Estas ideas, quizá propias del pensamiento de la época, están lejos de lo que actualmente implica la profundidad del sentido religioso de un grupo humano. No es posible concebir una cultura sin un proyecto religioso. Si bien el mundo religioso de los esclavos recién llegados se quedó sin fundamentos sociales y culturales en el extrañamiento de sus espacios propios, ello no los hacía capaces y dóciles frente a nuevas creencias. El trabajo de apropiación y sincretismo debió ser complejo, lento e incompleto dadas las condiciones de un nuevo aprendizaje lingüístico y de incorporación a un medio extraño en situación de sometimiento. Los esclavos crearon su propia versión del cristianismo a la luz de la confluencia de sus preexistentes creencias y de la comprensión particular que efectuaban de principios del cristianismo, en medio de las condiciones específicas del esclavismo.

Para las *Cartas Annuas* de la primera mitad del siglo XVII, vale decir para los miembros de la provincia jesuítica del Nuevo Reino, los esclavos que procedían, particularmente de Guinea y, en ocasiones, también de Angola, se encontraban en extremo necesitados de asistencia religiosa. En su tierra eran bautizados a la ribera del mar, trescientos o cuatrocientos juntos, después de hacerles una plática que no comprendían. Después de ese bautismo colectivo se los embarcaba ahorrados, en carabelas debajo de cubierta.

Por el temor de la tripulación a ser asesinada y al levantamiento que pudiera presentarse en el navío, como muchas veces había sucedido, los etíopes eran traídos con cadenas y grillos, poca alimentación y gran incomodidad. Creían que los embarcaban “para pesar en carnicerías”. Venían en tan malas condiciones que muchos morían durante la travesía. Según la *Carta Annuas* de 1612, este número fluctuaba entre cuarenta y cincuenta, llegando en ocasiones hasta noventa, por cada navío⁴¹.

Muchos llegaban enfermos y apestados a Cartagena, donde fallecían otros tantos. Desembarcaban sin quien

los asistiera a su arribo. Sus amos los tenían por incapaces, porque no sabían la lengua en que se les pudiera enseñar los misterios de la fe ni quien los atendía sabía hacerlo en la suya. Según las *Cartas Annuas* se había esparcido la idea de que los bozales eran bestias que no podían recibir el bautismo, al no entender ni una palabra de la lengua española. En opinión de los jesuitas, la causa de ello eran las tantas y variadas lenguas que hablaban⁴².

Las imágenes que los jesuitas se iban formando de los esclavos bozales, específicamente de quienes eran forzados a abandonar su tierra de origen, fluctuaban entre sentimientos de conmiseración por las condiciones infrahumanas en que eran transportados y de reconocimiento de sus capacidades humanas. Para ellos, el hecho de no hablar la lengua del dominador no los hacía incompetentes, lo que debían de hacer quienes los acudían espiritualmente era enseñarles la fe cristiana en sus propias lenguas. Se trataba más bien de un problema de comunicación y no precisamente de falta de razón, por el contrario se oponían a la opinión general de considerar bestias a los bozales.

Uno de los padres de la compañía, decía la *Carta Annuas* de 1609, refiriéndose al padre Alonso de Sandoval, se había aplicado con gran celo y amor a esta gente desamparada; con intérpretes de sus mismas lenguas, que eran muchas y variadas, catequizaba y si era menester la bautizaba. A los ya bautizados los confesaba⁴³.

Dice Eduardo Restrepo que,

“desde 1607, hasta su muerte en 1652, Alonso de Sandoval dedicó gran parte de su labor como religioso en catequizar, bautizar y administrar otros sacramentos a miles de esclavos que eran desembarcados en el puerto de Cartagena”.

Para este autor, el padre Sandoval sería el creador de una verdadera ‘tecnología misional’, resultado de largos años de experiencia, cuyo propósito estaba enfocado en la salvación espiritual de los etíopes⁴⁴.

Cuando llegaba una armazón⁴⁵, el padre Sandoval visitaba el navío para informarse de qué naciones, lenguas o puertos venían los bozales, cuántos llegaban enfermos y con qué riesgos. De acuerdo con el

41 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1611-1612, t. I, parte I, n° 12, fl. 93v.

42 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1642-1652, t. I, parte I, n° 12, fl. 94.

43 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1608-1609, t. I, parte I, n° 12, fl. 56v.

44 Restrepo. “*De Instauranda Aethiopum...*”, pág. 15.

45 Se decía de la cantidad necesaria de bozales para armar el barco o navío en el tráfico de esclavos.

tiempo disponible y la necesidad conseguía “lenguas”, es decir intérpretes ladinos⁴⁶ por cuyo medio los examinaba. Encontraba que pocos venían bien bautizados, otros, que era la mayoría, no entendieron para qué les habían echado agua en la cabeza porque no fueron instruidos previamente en el cristianismo. Tampoco les habían pedido consentimiento para hacerlos cristianos y ello quitaba validez al bautismo.

Eran variadas las representaciones que los mismos etíopes se hacían del sacramento del bautismo que recibían en tierras africanas o en los mismos navíos de armazón. Creían que se trataba de un lavatorio de cabeza y no supieron que por el bautismo profesaban una nueva fe. Algunos decían que habían recibido el agua del bautismo de muy mala gana temiendo que fuera un invento de los “blancos”, como así llamaban a los europeos, para matarlos. Otros afirmaban que entendieron que el echarles el agua era algo semejante al hierro con que los marcaban en el cuerpo, porque muchas veces los herraban y bautizaban al mismo tiempo. Había entre ellos quienes decían que les echaron el agua para que estando bien remojado el cabello pudieran quitárselo fácilmente; otros consideraban que se la habían echado por el calor que hacía⁴⁷.

Según las *Cartas Annuas*, muchos se formaron un concepto equivocado del propósito de la ceremonia del agua, como si los hubieran bautizado dormidos. Esto se fundaba en la falta de explicación previa a la ceremonia y en la ignorancia de los ministros que los bautizaban sin reconocer la diferencia entre bautizar niños y adultos. Como no entendían la lengua creían que era como bautizar niños⁴⁸.

Es interesante anotar que tanto los jesuitas como los etíopes construyeron sus propias representaciones del significado del bautismo. Para unos jesuitas, el desconocimiento de las lenguas europeas, español y portugués, convertía a los etíopes en infantes y con esa idea les aplicaban el bautismo; para otros, bastaba la instrucción previa en las lenguas nativas para que comprendieran el sentido de la ceremonia. Por su parte, los etíopes elaboraron imágenes diversas de lo que era el bautismo. Los africanos fueron al mismo tiempo intérpretes y productores de significado, in-

fundieron a los actos y a los objetos su propia significación que, desde la perspectiva de los jesuitas, se trataba de ideas equivocadas.

El padre Sandoval refería cómo por esos años arribó un número extraordinario, superaba los dos mil, de bozales enfermos en ocho navíos provenientes de Angola y de los ríos de Guinea. La mayoría venía apestada del mal de Loanda⁴⁹ y otros hinchados por la ponzoña de una fruta silvestre, a modo de manzana, que comieron en las montañas, cuando el navío se varó y los bajó a tierra. Muchos de ellos murieron por envenenamiento. En esta ocasión, el padre Sandoval estuvo entre ellos atendiendo sus necesidades y remediando sus almas, con tanto gusto y consuelo que ni se acordaba de comer o beber y no reparaba en sudor, mal olor ni otras incomodidades, al decir de la carta⁵⁰.

En la primera mitad del siglo XVII, el padre Sandoval, inicialmente, y a partir de 1616, en compañía del padre Pedro Claver eran quienes atendían a los bozales recién llegados en las armazones⁵¹. Instruían a los que venían bien bautizados para confesarlos y a los sin bautizar los catequizaban reuniéndolos de cien en cien, con el apoyo de diferentes intérpretes, conforme a sus varias lenguas, unos días a unos, otros días a otros. Cuando ya estaban bien dispuestos realizaban el bautismo de treinta o cuarenta. A cada uno de los bautizados o confesados se les entregaba una medalla de estaño con un cordón que estimaban mucho y se ponían al cuello; servía de señal para que los padres o sus amos supieran quiénes habían recibido el bautismo e instrucción en la fe y quiénes no. De esta manera cuando una armazón viajaba de Cartagena a Portobelo y de allí a Panamá y todos los bozales llevaban la medalla, los vecinos de Portobelo sabían que eran cristianos. Si alguno no la tenía entendían que era menester catequizarlo.

Desde la representación de los jesuitas, los morenos apreciaban esta insignia de tal manera que si alguna vez la perdían acudían al padre que los había bautizado para pedirle otra. Asimismo, le manifestaban gran amor cuando le encontraban por la calle, besándole las manos, una y muchas veces en agradecimiento. Estas actitudes se entienden si se llega a

46 Bajo la tutela del colegio de la compañía de Cartagena se fue conformando un equipo de intérpretes negros; algunos de ellos hablaban hasta seis y ocho lenguas africanas. Eguren. “Sandoval frente...” pág. 73.

47 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Cartas de 1587-1673, t. I, n° 14, fl. 100.

48 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1611-1612, t. I, parte I, n° 12, fl. 92.

49 El mal de Loanda era probablemente escorbuto, una enfermedad producida por falta de vitaminas y caracterizada por la debilidad de la energía muscular, hemorragias y ulceraciones de las encías.

50 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1608-1609, t. I, parte I, n° 12, fl. 56.

51 Según la *Carta Annuas* de 1615, cada año se bautizaban más de tres mil bozales a los que se catequizaba primero en diversas lenguas. ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1615, t. I, parte II, n° 12, fl. 169v.

comprender que, a pesar de que los jesuitas actuaban interesados en la propagación de la fe cristiana, fueron las únicas personas que al acudir a los navíos procuraban satisfacer las necesidades mínimas que traían los bozales. Los jesuitas, específicamente los padres Sandoval y Claver los suplían de agua, alimento y abrigo, atendían sus enfermedades y les acompañaban en el último aliento. Por esto, los bozales recién llegados guardaban por ellos tantas expresiones de gratitud.

Margaret M. Olsen en su libro *Slavery and Salvation* dice que los africanos dieron su propio significado a estos objetos de metal. Podrían conservar la medalla como un símbolo del momento de recuperación de una enfermedad severa; ser entendida como un objeto sincrético con otro significado religioso o cultural o, sencillamente, representar un acto de bondad en un momento de necesidad. Mientras los jesuitas consideraban estas medallas como símbolos de incorporación a la fe cristiana no siempre tenían el mismo significado para los africanos⁵².

De todo lo anterior se deduce que el padre Alonso de Sandoval, digno representante de la Compañía de Jesús, se dio cuenta de las injusticias que se cometían con los cautivos que eran traídos de África, dedicó su vida y su obra a rescatarlos de sus penurias físicas y espirituales, pero no se atrevió a condenar explícitamente la institución de la esclavitud. Como dice Enriqueta Vila Vilar, la figura y obra de Sandoval deben entenderse bajo los parámetros de la mentalidad de su época, la disciplina de la orden jesuítica y las circunstancias en que le tocó vivir. Las soluciones que ofrecía eran las únicas que se podían desarrollar en la época: formas de proceder para mejorar la situación de los esclavos y métodos para conseguir su salvación eterna. No se decide a condenar la esclavitud formalmente, aunque expresa su desacuerdo con los métodos utilizados en la trata y toma posición en contra de ellos. La esclavitud como institución era, en esta época, un hecho generalmente aceptado⁵³. Las ideas de Sandoval y sus representaciones sobre los etíopes eran compartidas por los jesuitas del colegio de Cartagena. Asimismo, la obra de Sandoval siguió en general los lineamientos de los jesuitas condenando los métodos de la trata pero aceptando la esclavitud.

Según Margaret M. Olsen, parecería incongruente que Sandoval en su texto *De Instauranda* fomentara y defendiera los esclavos como miembros de la Iglesia católica y al mismo tiempo perteneciera a una organización religiosa que poseía miles de esclavos africanos. En verdad, la coexistencia entre los jesuitas como propietarios de esclavos africanos y agentes de misiones para su cristianización, fue una realidad que se dio tanto en África como en el Nuevo Mundo. Olsen califica a Sandoval como un jesuita progresivo que criticaba fuertemente la brutalidad de la esclavitud y cuestionaba la moral de la trata esclavista⁵⁴.

Según las *Cartas Annuas*, los negros más belicosos y dificultosos para recibir el bautismo eran los jolofos y berbesies porque estaban relacionados con los moros. Profesaban el islamismo y era difícil desarraigar esa religión. Por eso, con ellos y con los mandingas y mitombos era con quienes se tenía más cuidado en el bautismo por ser todos de "nación de moros". Se les buscaban intérpretes muy entendidos que los pudieran persuadir⁵⁵. Sin duda, estos esclavos que profesaban la fe musulmana eran considerados los de fe más arraigada. La aún reciente expulsión de los moros del territorio español y las guerras de reconquista, convertían a quienes profesaban esta religión en enemigos del cristianismo. Siete siglos de permanencia islámica en la península demostraban la firmeza de los creyentes en esta religión. El contacto de este grupo de esclavos con otros de naciones diferentes ponía en peligro su religiosidad recién adquirida.

Los jesuitas construyeron representaciones específicas respecto a determinadas castas o naciones africanas. Así como decían que los jolofos y mandingas eran difíciles de convertir, de los carabalíes decían que eran "tan bárbaros y feroces que comen los unos a los otros". En el siglo XVII, este grupo no fue traído de manera permanente, tal como se narra en la *Carta Annu* de 1660 donde se asegura que hacía unos treinta años que no llegaban esclavos de esta nación, razón por la cual escaseaban los intérpretes para su catequización, como sucedió cuando a finales de la década de 1650 arribó al puerto de Cartagena un navío con mil cautivos de nación carabalí⁵⁶. Esta opinión sobre los carabalíes lleva a pensar que si bien los jesuitas reconocían la diversidad étnica y cultural de los africanos, había entre ellos unos grupos que se

52 Olsen. *Slavery and Salvation*. págs. 144-145.

53 Vila Vilar, Enriqueta. "En torno al padre Sandoval, autor de un tratado sobre la esclavitud", *Eglise et politique en Amerique Hispanique (XVI-XVIIe siècles)* Bordeaux: Presses Universitaires, 1984, págs. 65 y 72, introducción al libro de Alonso de Sandoval, *Un tratado sobre la esclavitud*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, págs. 21-22.

54 Olsen. *Slavery and Salvation*... págs. 16-17 y 21,

55 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1611-1612, t. I, parte I, n° 12, fl. 94.

56 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1655-1660, t. I, n° 13, fl. 8.g.

adaptaban mejor a las costumbres europeas y otros de costumbres extrañas y primitivas para quienes crearon estereotipos. De la misma forma, los mercaderes de esclavos tenían distinciones entre los africanos. Así, por ejemplo, había algunos considerados “negros de ley”, que provenían de los ríos de Guinea y a quienes se consideraba mejor dispuestos para el trabajo y, por ello, más costosos⁵⁷.

La catequización de los morenos no se reducía a los recién llegados, había que preservar la fe de quienes ya la poseían y para ello, los jesuitas establecieron otras estrategias de evangelización continuada. En la iglesia mayor de Cartagena, todos los domingos por la mañana, antes del amanecer, acudía uno de los miembros de la compañía a predicar a más de dos mil o tres mil mujeres y hombres negros que se reunían para la misa. La mayoría era gente del servicio de los vecinos de la ciudad. El sermón era especialmente preparado para la explicación de algún misterio de la fe en el que quisiera hacerse énfasis y acomodado a las limitaciones de cristianos neófitos. Se procuraba que se confesaran y comulgaran, por lo menos, cuatro veces al año. En tiempos de cuaresma se predicaba un sermón en la casa de la compañía y se salía con ellos en procesión⁵⁸.

Además de la congregación de la gente más prestante de Cartagena, los jesuitas habían organizado la cofradía de los morenos ladinos que se reunía, los domingos por la tarde, en la casa de los jesuitas. Ese día, en la capilla tenían una prédica sobre la doctrina cristiana o se les hacía lectura de pasajes de un libro, apropiados a sus necesidades. Desde que pertenecían a la congregación no habían faltado a la castidad y comulgaban más de una vez al año. Para prepararlos para la comunión, el padre encargado de la cofradía, los reunía para una charla en la que les explicaba el sacramento que iban a recibir, luego oían la misa en la que comulgaban manifestando su emoción con *abundancia de lágrimas. Por su parte, los amos afirmaban que ahora tenían personas en quien confiar su casa y hacienda*⁵⁹.

Los morenos ladinos no tenían otro maestro ni a quien recurrir en sus miserias que el sacerdote de su congregación, quien hasta 1615 era Alonso de Sandoval. Al año siguiente se le unió el padre Pedro Claver. Aquél les atendía en sus confesiones el domingo por

la mañana y se dedicaba a la enseñanza de la doctrina, por la tarde. De esta manera iba creciendo la congregación no sólo en número sino en la frecuencia de los sacramentos⁶⁰.

Advertía la *Carta Annuua* de 1609, que ya se había concedido a la nación de los negros la posibilidad de comulgar, la cual les había sido negada aun en artículo de muerte. Las confesiones de esta nación eran muchas, especialmente la de los enfermos para las que siempre se llamaba a los jesuitas por “ser pocos los que se acomodan a gente tan corta y bárbara”⁶¹. Como puede observarse, la representación que muestra ésta y otras *cartas annuas* sobre los etíopes es la de considerarlos seres humanos, poseedores de un alma que debía recibir alimento espiritual a través de los sacramentos; sin embargo, se les consideraba gente de razón limitada y de costumbres extrañas a la que sólo los jesuitas comprendían y tenían la voluntad de asistir.

Los domingos por la tarde, cuatro de los jesuitas salían por las calles y plazas a congregar morenos para llevarlos en procesión a la iglesia de la compañía. Tal acontecimiento se realizaba después de la charla que recibían los miembros de la congregación quienes acompañados del padre a cargo de ésta, salían cantando la doctrina para reunirse con los bozales que se encontraban en sus bailes. Una vez reunidos con los bozales, se les enseñaban las oraciones y el catecismo y todos juntos se venían en una gran procesión cantando la doctrina hasta la iglesia de los jesuitas. Una vez terminada la procesión volvían a sus casas porque ya no era hora de juntarse para los bailes⁶².

Con ello, según la visión de la *Carta Annuua* de 1605, se atendían dos asuntos. El primero era evitar las borracheras y riñas a las que esta gente estaba inclinada, y, el segundo, atender a su enseñanza, especialmente *la de los bozales, que la precisaban por ser tantos*. Este ejercicio había resultado provechoso tanto que la mayoría ya sabía las oraciones y el catecismo.

La actividad de los jesuitas en Cartagena con los bozales y ladinos negros se prolongó durante todo el siglo XVII y a comienzos del siglo XVIII. Dice la *Carta Annuua* que recoge el período de 1695 a 1720, que la asistencia a los negros la realizaba un padre

57 Navarrete, María Cristina. *Génesis y desarrollo de la esclavitud en Colombia siglos XVI y XVII*, Cali, Programa Editorial Universidad del Valle, 2005, págs. 92, 95-96.

58 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1608-1609, t. I, parte I, n° 12, fl. 56. Carta de 1615, t. I, parte II, n° 12, fl. 189v.

59 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1605, t. I, parte I, n° 12, fl. 15.

60 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1611-1612, t. I, parte I, n° 12, fl. 91.

61 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1608-1609, t. I, parte I, n° 12, fl. 56.

62 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1605, t. I, parte I, n° 12, fl. 15. Carta de 1606., t. I, parte I, n° 12, fl. 32

que siempre estaba asignado para este fin. Era quien los catequizaba, bautizaba y consolaba en sus dolencias y trabajos. Todos los domingos les enseñaba la doctrina cristiana cantándola por las calles lo cual remataba con una prédica sencilla y apropiada en una playa. A ella asistía también mucha gente blanca y de servicio. El cuidado espiritual de los negros estaba sólo a cargo del colegio de los jesuitas. Era raro el negro o negra bozal o ladino que no se confesara con ellos y que no los llamara para morir cristianamente. Esto producía gran satisfacción a los jesuitas por ser tan grande el número de mujeres y hombres negros que había. Para ellos todavía existía una congregación separada de la de los blancos, atendida por los jesuitas, que se había constituido a principios de siglo, recién llegada la compañía a la ciudad⁶³.

La acción de los jesuitas de Cartagena sobre la población negra tuvo varias características relacionadas estrechamente con las representaciones que de ellos iban configurando, por una parte, el ejercicio de catequización de los recién llegados y la evangelización continuada de quienes ya pertenecían al cristianismo. Por otra parte, el control que ejercieron sobre las costumbres de tales esclavos. Les era imposible eliminar sus reuniones de jolgorio el día de descanso⁶⁴, por el contrario, las aprovecharon para llevarles el mensaje divino. Era una oportunidad magnífica para encontrarlos juntos, efectuar allí la actividad catequizadora y conducirlos en procesión a la iglesia. En últimas, se trataba de controlar sus diversiones impidiendo los excesos en sus "bailes y borracheras". Las mujeres y hombres negros eran dignos de recibir la fe cristiana y era deber de los jesuitas sacarlos de su gentilidad, pero a la vez, eran personas que fácilmente podían caer en vicios y excesos, de allí la necesidad de controlar sus acciones para volverlos al camino recto.

Además de lo anterior, es importante resaltar la obra de transculturación llevada a cabo por los miembros de la Compañía de Jesús y el intento de incorporación de los esclavos en los fundamentos de la cultura europea por medio de la catequización. Ello implicaba el aprendizaje de la lengua de Castilla, la profesión de la religión cristiana, la adaptación al medio y a las condiciones de la esclavitud y la aceptación de una nueva vida en situación de sometimiento.

Sin duda la obra de los jesuitas está impregnada de intereses creados para poder ejercer la labor

catequizadora. Acudían con presteza a los navíos de armazón para atender a los recién llegados e impedir que los enfermos murieran sin pertenecer al reino de Cristo. Les llevaban intérpretes para hablarles y regalos para socorrerlos y ganarles la voluntad. Pero como dicen las *Cartas Annuas*, no sólo se preocupaban por sus almas sino también por sus cuerpos procurándoles comida y vestido porque sobre ellos no traían ni un hilo de ropa⁶⁵.

En una oportunidad llegó al puerto de Cartagena una gran embarcación de cautivos. Al visitarlos el padre rector del colegio jesuítico constató que casi todos estaban bautizados pero muy enfermos. Avisó, entonces, al cura de la ciudad para que trajera el óleo santo a la casa de los jesuitas donde le esperaba con intérpretes, para que no murieran sin la extremaunción. Llegó el cura junto con otro clérigo, cuando se acercaron a la puerta del aposento donde se encontraban los padres de la compañía con los moribundos, se taparon las narices y dando arcadas les dijeron que allí estaba el óleo, que ungieran ellos a los enfermos porque tenían revuelto el estómago y no era posible asistirlos. Fue así como el padre rector ofició de cura. El que había venido se quedó con su compañero en el corredor admirándose que hubiera hombres que toleraran hedor tan pestilente. En verdad el olor era insufrible pues había muchos enfermos de postemas asquerosas y tres cuerpos de difuntos tendidos en el suelo⁶⁶.

Con base en las representaciones que los jesuitas tenían de los cautivos africanos crearon para ellos un verdadero método de catequización ideado bajo las enseñanzas del padre Alonso de Sandoval. Se trataba de acudir a los barcos apenas arribados para auxiliar a los más necesitados. Se ganaba así su voluntad porque eran las únicas personas que les manifestaban ayuda y protección. Para los enfermos y para el resto de los recién llegados era preciso reconocer sus lugares de procedencia para conseguir los intérpretes adecuados. Con su ayuda se emprendía el proceso de catequización y bautizo. Con el beneplácito de unos pocos se lograba la aceptación del resto de cautivos de una embarcación. Era el modelo del ejemplo aprovechado por los jesuitas para atraerlos a la fe cristiana.

En términos generales, la actitud de los jesuitas ante la licitud o ilicitud de la esclavitud, como dice Enriqueta Vila Vilar, fue más paternalista que justiciera. Los jesuitas Luis de Molina, quien vivió en

63 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1695-1720, t. III, n° 13, fl. 630v.

64 Es probable que los jesuitas reconocieran la importancia de tales reuniones para la población negra. Eliminarlas de raíz era casi imposible. Si intentaban hacerlo se exponían a reacciones violentas en su contra y a posibles levantamientos.

65 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1655-1660, t. I, n° 13, fls. 8-9

66 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1655-1660, t. I, n° 13, fl. 9v.

Portugal y realizó estudios sobre ello, y Alonso de Sandoval, lo que cuestionaban era si los etíopes se cautivaban con justicia o sin ella; si se cometían abusos o no. La existencia de la institución como tal nunca se puso en duda⁶⁷.

V. ¿Cómo entender la presencia del embajador de Arda, África, en Cartagena?

La *Carta Annu* que abarca el período comprendido entre 1655 y 1660, firmada por el provincial, padre Hernando Cabero, relata la llegada a Cartagena de un embajador del reino de Arda.

Dice la carta que habían pasado muchos años sin que llegaran a Cartagena armazones de esclavos africanos debido a la secesión de Portugal de la corona española⁶⁸ hasta que en 1657 arribaron tres o cuatro navíos con cautivos. En uno de éstos venía un representante del reino de Arda con embajada para el rey católico. Llegó en el mismo navío que traía gran cantidad de hombres y mujeres para vender en los reinos de Indias.

Los jesuitas salieron al encuentro del navío con la noticia de que venían muchos enfermos. Dieron la bienvenida al embajador por medio de un intérprete que fue buscado para este propósito y le presentaron algunos regalos de lo que daba la tierra para ganar su voluntad. Desembarcó en compañía de los jesuitas después de haberse negado a hacerlo con los oficiales reales. Al desembarcar fue saludado con salvas reales de artillería; el estruendo en la ciudad fue tal que la gente se alborotó y casi toda concurrió a su recibimiento. En medio de los jesuitas y seguido de una muchedumbre se dirigió al colegio de la compañía donde fue hospedado. Allí acudieron a darle la bienvenida el gobernador y las personas principales.

Jean-Pierre Tardieu hace referencia a la presencia de este embajador africano en Cartagena y dice que el reino de Arda, situado en la región costera del golfo de Benín, era conocido por las potencias europeas involucradas en el tráfico negrero. Los portugueses establecieron relaciones con el reino en la segunda mitad del siglo XVI y su capital apareció en los ma-

pas en 1570. Después de 1630, los holandeses sustituyeron a los lusitanos en el comercio de esclavos en la región. En este marco temporal se inserta la embajada que envió el rey de Arda al soberano español, en 1657 que estuvo dirigida por un gentilhomme llamado Bans o Bani⁶⁹.

Es probable que la preferencia del embajador a aceptar, en primera instancia, el acompañamiento de los jesuitas en vez de los oficiales reales tuviera que ver con el conocimiento que éste tenía de la presencia de religiosos capuchinos españoles en el vecino reino de Benín con el que Arda mantenía contactos diplomáticos.

Varios días gastaron los jesuitas en catequizar y bautizar a la muchedumbre que venía en los navíos y a los criados que acompañaban al embajador. Su deseo era bautizar al embajador que apenas se reponía del mareo y las incomodidades de la navegación. Le preguntaron cuándo quería ser instruido en la fe y para convencerlo catequizaron en su presencia a uno de sus criados. Un día vio a su criado con una imagen del Salvador que le habían dado los padres y se conmovió tanto que arrodillado en el suelo, la besó amorosamente y dijo que quería ser hijo de aquel señor, creer en su santa fe y recibir el sagrado bautismo. Mostráronle después una figura de un alma condenada, cercada de demonios y pareciéndole horroroso el espectáculo, le escupió, aseverando que no quería ir donde aquella miserable había ido⁷⁰.

Al terminar la catequización e instrucción el criado fue bautizado en presencia del embajador. En vista de tal acto, el embajador pidió ser bautizado. Fue llevado a la iglesia de la compañía “a donde concurrió mucho número de gente de lo noble y de lo plebeyo a verle...”⁷¹. Aprendió los misterios de la fe y algunas oraciones.

La noticia de su bautismo llegó hasta don Pedro Zapata, gobernador y capitán general de Cartagena quien ofreció ser su padrino. Llegado el día señalado para el bautizo, los jesuitas llevaron al embajador desde el colegio de la compañía hasta la iglesia catedral,

“donde no cabía la gente de todos los estados, que había conducido el deseo de ver bautizar un embajador que de tan distantes partes había venido a conseguir tan saludable dicha. Estaban a la puerta

67 Vila Vilar. “En torno al padre Sandoval...” pág. 67.

68 Este hecho histórico se produjo en 1640.

69 Tardieu, Jean-Pierre. “La embajada de Arda en Cartagena de Indias (1657) y la misión de los capuchinos (1658-1661). Del *quid pro quo* al fracaso”, *América Negra*, n° 10, 1995, págs.12-13.

70 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1655-1660, t. I, n° 13, fl. 5v.

71 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1655-1660, t. I, n° 13, fl. 6

de la iglesia, en sus hileras, las compañías del presidio armadas y aprestadas para hacerle salva al entrar y salir de la iglesia. Entró en ella bien acompañado de lo más lucido de la ciudad y estuvo sumamente atento a las ceremonias eclesiásticas...”⁷².

El bautismo le fue administrado por el padre Diego Ramírez Farinas, predicador de su majestad y rector del colegio de la compañía de Cartagena.

Algunas personas de la ciudad quisieron preguntarle al embajador el motivo que “le había obligado a navegar tantos mares”. Respondió que desde hacía mucho tiempo todos los reyes de su tierra morían mozos y esto los tenía apesadumbrados porque temían se les acabara la sucesión real. Sobresaltados con estos temores, su rey tuvo noticias de que muchos reyes cristianos morían de edad anciana y que conseguían esta dicha recibiendo la fe de Cristo. Por ello, habían decidido enviar una embajada al rey de España,

“pidiéndole su amistad y que en señal de ella les enviase sacerdotes que les predicasen y enseñasen la ley santa que él guardaba...”.

Había tenido la suerte de venir a estas tierras de cristianos y conocer a los padres de la compañía a quienes había pedido varias veces acompañarlo para que la enseñaran a su rey como lo habían hecho con él. Los jesuitas le respondieron que necesitaban licencia de su superior para hacerlo a lo que replicó que él pediría esa gracia al rey de España. También se comentó de su próximo viaje a La Habana donde el gobernador, con el conocimiento de su empresa, le hizo muchas honras y favores⁷³.

Varias apreciaciones pueden realizarse en el análisis de este acontecimiento. Ante todo llama la atención la presencia de un embajador de un reino africano en territorios de las Indias españolas. Su destino final era España. Como los navíos de esclavos seguían la ruta de América vino a parar a estas tierras. El embajador como representante de un reino asumió tal dignidad y de la misma manera fue tratado a su arribo. Esto lleva a pensar que los príncipes africanos, especialmente de reinos de reconocida importancia para los europeos, manejaban relaciones diplomáticas con los príncipes europeos en igualdad de condiciones. El embajador fue recibido con salvas de artillería y los representantes del gobierno y las personas de pres-tancia le ofrecieron saludos de bienvenida.

El acto de acogida preparado por los jesuitas permite ver sus representaciones frente a la esclavitud. Por una parte, el hecho de reconocer que no todos los africanos eran esclavos, había entre ellos dignatarios, con su gente próxima, que gozaban de la libertad. La esclavitud era una condición coyuntural en la que por desgracia caían algunos, de lo que puede deducirse que la esclavitud no era, para los jesuitas de ese tiempo, necesariamente relacionada con la raza. Por otra, la esclavitud era, para ellos, una institución socialmente reconocida y aceptada. Lo que estaba en tela de juicio era la validez de los bautismos que se celebraban en los puertos africanos y las condiciones en que eran trasladados los africanos para ser sometidos a la esclavitud.

Como era de esperarse, el principal interés de los jesuitas era la conversión al cristianismo tanto de la gente que venía en los navíos, para que no fueran a morir como gentiles, y la del embajador, lo que lograron finalmente después de usar varias estrategias entre ellas la de presenciar la catequización de su criado. Como dice Jean-Pierre Tardieu,

“se valieron entonces los jesuitas del poder sugestivo de los *exempla* corrientemente utilizados para la conversión de los esclavos”⁷⁴.

Esta pedagogía logró convencer al embajador.

El bautismo del embajador se convirtió en un acontecimiento extraordinario para la vida social de Cartagena. Asistió a la catedral lo más selecto de la ciudad haciendo de este hecho una ceremonia religiosa y política de relevancia. El embajador se comportó a la altura de los acontecimientos mostrando siempre su dignidad.

No deja de inquietar el hecho de que un barco donde venía un representante de un reino africano con carácter de dignatario fuera a la vez un navío de armazón para el tráfico de esclavos. Esto permite pensar en la aceptación de la esclavitud por parte de los príncipes africanos quienes llegaron a considerar a sus congéneres como mercancía para este tipo de intercambio económico. La clase dirigente africana asumió un papel significativo en el tráfico de esclavos y a menudo monopolizó este comercio con los europeos impidiendo que otros lo hicieran en sus propios estados. La hipótesis que puede plantearse es la de que la esclavitud fue un negocio entre iguales en la que ambas partes, europeos y africanos, aceptaron las reglas de juego en un negocio que los beneficiaba conjuntamente, en el aspecto económico⁷⁵.

72 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1655-1660, t. I, n° 13, fl 6v.

73 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1655-1660, t. I, n° 13, fls. 6v-7.

74 Tardieu. “La embajada de Arda en Cartagena...” pág. 15.

75 Navarrete. *Génesis y desarrollo de la esclavitud...* págs. 89 y 92.

Desde antes de la llegada de los europeos al África, los príncipes y mercaderes africanos habían establecido una red de comercio muy fuerte que unía los mercados de África negra con los del Magreb y Arabia y surtía estas tierras de esclavos negros. Este flujo comercial que ya existía en el siglo XV se orientó hacia Europa mediterránea y por extensión a América, a comienzos del siglo XVI⁷⁶.

La llegada del embajador no sólo fue un acontecimiento insólito en la vida de la ciudad sino también el mensaje que portaba. El embajador Bani comentó a los jesuitas la preocupación de su rey por los problemas de la sucesión dinástica. Dice Jean-Pierre Tardieu que,

“la esperanza de vida de sus antecesores no les brindaba el tiempo necesario para asentar sólidamente su poder, dadas las continuas rivalidades y desavenencias que desembocaban en luchas perjudiciales para todo el reino. Su conversión al cristianismo, a su juicio, le permitiría disfrutar de la longevidad de los soberanos europeos”⁷⁷.

En otras palabras, la motivación de la tarea diplomática se basaba en una idea religiosa, pero a diferencia de lo que pensaban los jesuitas, su fin último no era la salvación eterna sino la salvación del reino terreno al garantizar la estabilidad, larga permanencia y la sucesión del gobernante.

El embajador Bani, llamado Felipe Zapata por voluntad de su padrino el gobernador, se dirigió a Cuba donde se le facilitó el viaje a la península. Desembarcó en San Lúcar de Barrameda en abril de 1658 y entregó su petición al rey español. El monarca asignó a don Antonio de León Pinelo, oidor de la Casa de Contratación y encargado de la recopilación de las leyes de Indias, informarse sobre el reino de Arda cuyo resultado envió a la corona, ese mismo año. En 1659, zarpó de Cádiz una misión de frailes capuchinos con destino al reino africano⁷⁸.

VI. ¿Por qué un debate sobre el bautismo de los etíopes?

La mayor preocupación de los jesuitas de Cartagena, en relación con los etíopes recién llegados en los na-

víos de armazón, era concederles la gracia del sacramento de bautismo y su afán primordial, procurar la salvación de sus almas. El principal vocero de esta urgencia y quien más se aplicó a practicarlo y a estudiar los argumentos para que los bautizos que se efectuaban en Cartagena tuvieran validez eclesiástica, fue el padre Alonso de Sandoval. Su interés era ante todo espiritual y tenía como fin encontrar un método para catequizar y una forma de bautizar antes de que los neófitos murieran o fueran conducidos a otras tierras.

Desde que Sandoval inició su obra catequizadora con los etíopes una gran incertidumbre comenzó a inquietarlo. Se decía que los bozales que venían en las armazones habían sido bautizados antes de partir de las costas africanas. Sandoval se preguntaba si se trataba de un verdadero bautismo. Sus pesquisas le convencieron de que ese bautismo no había sido sino un simulacro y una patraña⁷⁹.

Dice Enriqueta Vila Vilar que,

“una obsesión acompaña siempre a Sandoval que, en definitiva, parece ser el móvil principal que le impulsó a escribir su libro: ¿estaban realmente bautizados los esclavos que desembarcaban en Indias?”⁸⁰.

Respecto a estos bautizos planteó sus métodos de catequización.

La inquietud de Sandoval era constatar si el bautismo que recibían los esclavos en África estaba de acuerdo con las normas de la Iglesia y si los esclavos lo eran legítimamente o habían sido cautivos engañosamente, lo cual los hacía libres. En otras palabras, se preguntaba por la legitimidad de las capturas de esclavos en África, por tanto, por la legitimidad de la esclavitud. Además, cuestionaba la validez de los bautizos que recibían en África antes de emprender el viaje a América. Sandoval dirigió sus consultas al Consejo de Indias pero no obtuvo respuesta en los asuntos fundamentales.

Respecto al bautismo de los bozales, la preocupación de Sandoval se hizo manifiesta cuando algunos eclesiásticos pusieron en duda su labor con los esclavos desembarcados en Cartagena, a quienes bautizaba después de su adoctrinamiento. Se le denunció el

76 Andrés-Gallego, José y García Añoveros, Jesús María García. *La iglesia y la esclavitud de los negros*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 2002, pág. 16.

77 Tardieu. “La embajada de Arda en Cartagena...” págs. 13-14.

78 Tardieu. “La embajada de Arda en Cartagena...” págs. 15 y 18.

79 Pacheco. *Los jesuitas en Colombia*, t. I. pág. 252.

80 Vila Vilar. *Introducción...* pág. 21.

hecho de volver a bautizar a quienes ya lo habían sido en África, por lo que se consideró que su labor era herética. La Compañía de Jesús acompañó a Sandoval en su posición⁸¹.

No faltaron las críticas a su método y se le acusó de volver a bautizar sacrílegamente. Su dedicación al ministerio con los etíopes dio lugar a un problema doctrinal con el prelado de la diócesis de Cartagena quien creía que los jesuitas se excedían en las labores que les competían al bautizar o como el obispo consideraba, a rebautizar, a los esclavos bozales. Esto generó una polémica que Sandoval trató de dirimir explicando sus razones, identificando argumentos, consultando personas doctas y certificando las declaraciones de testigos.

Estas circunstancias lo motivaron a escribir, en 1611, una pequeña obra titulada: *Pregúntase si es lícito bautizar los morenos en Cartagena como los padres de la compañía los bautizan*⁸². Se trata de un alegato surgido del litigio entablado en Cartagena sobre la licitud de los bautizos que realizaban los jesuitas a los esclavos bozales. Es una defensa del modo como se administraba el bautismo en Cartagena y responde de las objeciones que otros religiosos le hacían a su método.

Para exponer el asunto, Sandoval inicia el opúsculo describiendo el modo como los padres de la compañía bautizaban a los morenos. Dice que una vez llegado el navío de armazón, lo visitaban los padres jesuitas y se informaban de cuántos eran, de qué naciones, lenguas y puertos procedían. Conforme a la necesidad buscaban "lenguas" ladinas y se les preguntaba sobre su bautismo, para saber si venían válidamente bautizados. Constatában que pocos lo venían conforme a la Sagrada Escritura, los concilios y los doctores escolásticos y éstos eran precisamente los ladinos encargados de atender a los bozales. Otros habían recibido el agua bautismal de manos del cura del puerto de donde venían o de otra persona que lo suplía. En esa ocasión ni antes se les había dicho o enseñado lo que era el bautismo ni para qué se les echó el agua; tampoco les pidieron consentimiento ni ellos lo dieron por no saber lo que era aquello. Otros morenos no traían bautismo porque sus propietarios no llegaron al momento en que se celebraba el bautismo o no los habían llevado para no tener que pagar los cinco reales que recibía el cura por echarle el agua a cada uno.

Hecha esta diligencia, se apartaban los que estaban sanos y válidamente bautizados. Se atendía a los enfermos a quienes, por medio del intérprete, se les enseñaban las cosas necesarias para la salvación, se los confesaba y disponía para recibir la extremaunción, si hubiere menester.

Luego se socorría a los enfermos que no estaban bautizados; se les instruía por medio del intérprete en lo necesario para ser bautizados fructuosamente lavándoles primero la cabeza para darle mayor relevancia al agua bautismal y para que ésta pasara por los cabellos a tocar el cuero cabelludo. Se encendía una vela de cera y si la enfermedad lo permitía, el moreno se hincaba de rodillas y se le ponía al cuello un rosario con una imagen pendiente, para dar mayor reverencia al bautismo. El padre de la compañía se ponía una estola, les hacía preguntas y exhortaciones para despertarles el deseo de recibir el sacramento y tuvieran fe, esperanza y caridad o al menos atrición de sus pecados. Con las palabras bautismales, se le echaba a cada uno en la cabeza y cuerpo el agua que caía en una porcelana que tenía a sus pies. Unas veces se echaba con un jarro de plata y otras con el mejor que hubiera de barro para mostrar mayor reverencia a los neófitos. Hecho esto se le ponía una imagen al cuello para que supiera que estaba bautizado. Se les recomendaba la guarda de la ley de Jesucristo⁸³.

Una vez concluida la ceremonia con los enfermos, se asistía a los sanos que no estaban bautizados. Se hacía con ellos la enseñanza y se les administraba el sacramento a cada una de las castas y lenguas, en el lugar más cómodo y decente en su casa. Después se les enseñaba lo principal de la ley de Dios, conforme a su capacidad; los fundamentos más universales para que los cumplieran y guardaran. Agrega el padre Sandoval, que una vez terminado el bautismo, los morenos salían y se buscaban unos a otros y se abrazaban con gran alegría; algunos solían llorar de contento.

Como puede observarse en este relato el bautismo de los enfermos estaba lleno de símbolos que ayudaban a que los cautivos fueran elaborando representaciones del significado de este sacramento. Se trataba de símbolos concretos que los mismos padres reconocían eran utilizados para darle mayor reverencia al acto bautismal. Ante todo, el cura se acicalaba con una estola para disponerse al acto sagrado. Lavarles primero la cabeza para que entendieran la diferencia

81 Laviña. "Iglesia y esclavitud"... págs. 45-46.

82 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1587-1673, t. I, n° 14, fls. 94-107v. Según Enriqueta Vila Vilar este opúsculo podría ser el antecedente de su obra *De Instauranda Aethiopum Salute*. En la introducción a: *Un tratado sobre la esclavitud*. pág. 21.

83 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1587-1673, t. I, n° 14, fls. 94-107v.

con el agua del bautismo era darle mayor relevancia a esta última. Encender una vela de cera y colocarles al cuello un rosario con una imagen era manifestar acatamiento de la nueva fe y ser reconocidos en ella. Echarles el agua en jarro de plata o en el mejor de barro era demostrar la dignidad de la ceremonia sagrada, cualquier jarro no era válido. Estos símbolos intervenían otorgando significado a la celebración y manteniendo vivo el sentido de pertenencia de los cautivos en el cristianismo.

Después del relato sobre el bautismo, la obra de Sandoval menciona las razones más frecuentes que argumentaban algunas personas juzgando que tal modo de bautizar no era lícito. Afirmaban que los bozales sanos deberían dejarse sin bautizar hasta que ellos mismos pudieran ir a la iglesia y en ella fueran bautizados con solemnidad.

Las razones que se argumentaban para afirmar que los bautismos celebrados en África eran válidos y por consiguiente los de Cartagena eran sacrílegos eran las siguientes: se podría admitir que el vicario del puerto africano bautizó a los cautivos válidamente. Así, no sería necesario examinarlos ni bautizarlos en Cartagena. Estos morenos bozales debían ser considerados como infantes. No se los había bautizado con las ceremonias exigidas canónicamente debido a la urgencia. Era factible que siendo tan chontales⁸⁴ hubieran olvidado el catecismo. Era necesario corregir la falta de reverencia de este bautismo.

A estas razones el padre Sandoval respondía con sus argumentos. Afirmaba que por experiencia sabía que lo que se aplicaba en los puertos africanos no eran realmente bautismos. Si algunos habían recibido el agua bautismal lo hicieron ignorando lo que era, por tanto no eran cristianos.

La Compañía de Jesús tenía evidencias de capitanes y señores de armazón de la manera como se practicaba el bautismo en el puerto de Cacheo, en otras partes de los ríos de Guinea y en las islas de Cabo Verde. Ésta consistía en que el cura o el vicario dispuesto con sobrepelliz y estola⁸⁵, en la cubierta del barco, a donde eran traídos los cautivos sin quitarles los grillos y prisiones, seleccionaba dos niños, uno varón y otro mujer y los bautizaba solemnemente con todos los ritos y ceremonias acostumbradas para el sacramento del bautismo. Después de echarle el agua a los

niños llamaba a todos los adultos, hombres y mujeres y les iba derramando el agua uno por uno. Esto se realizaba sin haber precedido ninguna enseñanza ni haberles pedido su consentimiento. De allí que no hubieran tenido ocasión de entender lo que era el bautismo. Tal como iban recibiendo el agua volvían en orden debajo de cubierta.

Asimismo, Sandoval argumentaba que aunque estos morenos eran chontales para responder preguntas en la lengua de Castilla, no lo eran en cuanto a su capacidad. En todas sus acciones humanas tenían voluntad y albedrío, de esta forma, decidían en sus guerras, hacían las paces, se casaban y comerciaban como los blancos. En ocasiones, en que no habían querido ser bautizados era por "malicia suya por no servir tanto". Pero en gran medida era por no entender los términos y vocablos de nuestra lengua, "de la misma manera que lo estarían nuestros blancos cuando los cautivan los moros o ingleses"⁸⁶.

Estas representaciones del padre Sandoval sobre los etíopes ameritan ser destacadas. Es cierto que en sus manifestaciones respecto a la esclavitud mostrara cautela para emitir juicios contra ésta y que no pudo despojarse de la mentalidad de su época para definitivamente oponerse a la esclavitud. Sin embargo, reconocía, que en gran medida, la incompetencia de los etíopes se debía al desconocimiento de las lenguas europeas. Validaba sus capacidades como seres humanos al igual que los blancos, tomaban decisiones, definían sus guerras, constituían familias e intercambiaban como ellos. Incluso, se servían de estrategias para evadir el trabajo en servidumbre.

Así prosigue Sandoval exponiendo sus argumentos y concluyendo que lo que se hacía en Cartagena era cosa de gran servicio a Nuestro Señor y al bien de esas miserables almas destituidas de remedio. Este documento fue firmado en Cartagena el 7 de junio de 1611 y avalado con sus firmas por el rector del colegio de la ciudad y por sus compañeros de orden. Incluye igualmente la firma y certificación de un miembro de la compañía del virreinato del Perú, padre Francisco Daza quien se dirigía a España y apoyó el documento. Dijo que estaba doctamente resuelto y se podía practicar por el "bien espiritual de esos pobres morenos tan desamparados y olvidados de todos"⁸⁷.

84 Chontal era lo mismo que bozal o sea que desconocía los fundamentos de la cultura española.

85 Sobrepelliz es la vestidura blanca que se ponen los sacerdotes sobre la sotana; estola es un ornamento sagrado en forma de banda.

86 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1587-1673, t. I, n° 14, fls. 94-107v.

87 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1587-1673, t. I, n° 14, fl. 100v.

A continuación, el texto incluye las opiniones de distintos prelados quienes se adhirieron a la causa de los jesuitas, fray Vicente Mallo, agustino, fray Cristóbal Rodríguez, arzobispo de Arequipa, Diego Ruiz, Diego Granada, Mateo [Rodríguez] y Gabriel de Hertigosa, maestros en teología del colegio de la compañía de Madrid y Sevilla, Alonso de Antequera y Tomás de Ytuxen, padres teólogos de Toledo. Finalmente, los frailes Sebastián de Yrastorza y Mateo de Villarroel, lectores en teología de la orden de Nuestra Señora de la Merced no sólo estaban conformes con la acción de los jesuitas de Cartagena sino que se les debían dar las gracias por el gran servicio y el remedio que daban a tantas almas⁸⁸.

Por lo que puede colegirse por el contenido de las *Cartas Annuas*, las murmuraciones y acusaciones de rebautizaciones sacrílegas continuaban hacia 1613. También se criticaba la poca reverencia con que se administraban los bautismos ya que éstos debían celebrarse en la iglesia y con la debida solemnidad, además, por sacerdotes a quienes realmente competía⁸⁹.

Persistiendo en su lucha por defender la falsedad del bautismo que se aplicaba a los africanos cautivos y la validez de los que la compañía celebraba en Cartagena, el padre Sandoval convocó varios testigos, durante los años de 1613 y 1614 para que testificaran cómo habían visto practicar el bautismo en África. Se trataba de capitanes, maestros y pilotos de barco de las armazones que navegaban los ríos de Guinea y otras personas involucradas en el tráfico de esclavos. Estas personas declararon ante el alcalde ordinario de Cartagena y certificaron su testimonio bajo juramento ante los escribanos públicos y de cabildo de la ciudad, el 27 de mayo de 1614⁹⁰.

VII. A manera de conclusión

Este artículo quiso demostrar la importancia de las *Cartas Annuas* como documentos de innegable validez histórica, antropológica, sociológica y geográfica para la reconstrucción de la vida colonial en sus dimensiones temporal y espacial de aquellos lugares donde la Compañía de Jesús estableció sus casas, colegios y misiones.

Partió de la hipótesis de que las *Cartas Annuas*, a través de su narrativa y expresando las voces de los

miembros de la compañía, elaboraron representaciones de los africanos negros traídos forzosamente como cautivos a suelo americano. Estas representaciones estaban relacionadas fundamentalmente con el imaginario religioso.

El padre Alonso de Sandoval, sujeto histórico importante de la primera mitad del siglo XVII, en Cartagena y actor indirecto de las *Cartas Annuas*, llamó a los africanos, etíopes, en su obra *De Instauranda Aethiopia Salute*; por su parte, las *Cartas Annuas* se refieren a ellos como negros o morenos y éstos a su vez llamaban blancos a los europeos. Todas estas denominaciones tienen que ver con el color como se apreciaban unos a otros. Aunque es prematura la idea de raza para la época estudiada (siglo XVII) constituyen los inicios de los principios raciales que se desarrollarán posteriormente en el siglo XIX.

Las representaciones que los jesuitas construyeron de los africanos y sus descendientes, identificadas a través del relato de las *Cartas Annuas*, tienen estrecha relación con la religiosidad de estos grupos. Para los jesuitas muchos de los africanos carecían de religión, por ello, no era tan complicado convertirlos a la fe de Cristo. Consistía ante todo en un problema de comunicación que podía solucionarse catequizándolos en sus propias lenguas, de allí que fuera tan necesario reconocer sus naciones de procedencia. Había otros pueblos influenciados por los musulmanes cuya catequización exigía mayor esfuerzo.

Alonso de Sandoval y por su influjo los jesuitas de Cartagena crearon un verdadero método de catequización. Consistía en acudir a los barcos cargados de esclavos para auxiliarlos física y espiritualmente; a los más necesitados primordialmente y luego a los saludables, los instruían en sus lenguas por medio de intérpretes y a través del bautismo de unos pocos conseguía la aceptación del resto. No era otra cosa que el modelo del ejemplo.

Las *Cartas annuas* fueron voceras de las inquietudes de los jesuitas, más específicamente de las del padre Sandoval. Éste argumentaba que los bautizos aplicados a los bozales en las costas africanas carecían de validez, por tanto, era indispensable volverlos a bautizar legítimamente a su llegada a Cartagena. Esto le valió críticas a su método y para defenderlo se involucró en un debate en el que participaron teólogos jesuitas y sacerdotes de otras órdenes en su apo-

88 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1587-1673, t. I, n° 14, fls. 103-107v.

89 Pacheco. *Los jesuitas en Colombia*, t. I, pág. 256.

90 ARSI. *Cartas Annuas. Nuevo Reino y Quito*. Carta de 1587-1673, t. I, n° 14, fls. 89-93. Todos los capitanes coincidieron fundamentalmente en la forma como se aplicaba el bautismo en los puertos africanos. Esta es la misma descrita en el artículo previamente.

yo. También acudió a los testimonios de mercaderes y capitanes de los navíos para que certificaran lo que acontecía en África.

Los jesuitas se aplicaron con celo a la labor misional de los etíopes y dieron muestras de humanitarismo, sin embargo, como representantes de la mentalidad de su época no escaparon al reconocimiento de la esclavitud como una institución admisible. Ellos mismos fueron propietarios de esclavos. Alonso de Sandoval fue quien más se acercó a su rechazo y en la práctica actuó refutando las condiciones de la esclavitud pero no llegó a explicitar su oposición al sistema.

- Acevedo Tarazona, Álvaro. "Los retornos de la historiografía. La historia política y del acontecimiento", *Historia y Espacio*, n° 23, Universidad del Valle, Cali, 2004.
- Andrés-Gallego, José y García Añoveros, Jesús María. *La Iglesia y la esclavitud de los negros*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 2002.
- Burke, Peter. "Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración", *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1996.
- Conde, Jorge Conde. *Espacio, sociedad y conflicto*, tesis de maestría, Barranquilla, Universidad Nacional, 1994.
- Chartier, Roger. *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1992.
- Eguren, Juan A., S.J. "Sandoval frente a la raza esclavizada", *Revista de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica*, n° 29-30, Bogotá, 1973.
- Herskovits, Melville J. *El hombre y sus obras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1952.
- Lamalle, Edmond, S.J. "L'archivio di un grande ordine religioso. L'archivio generale della Compagnia di Gesù", *Archivum Ecclesiae*, anni XXIV-XXV, 1981-1982.
- Laviña, Javier. "Iglesia y esclavitud", *Doctrina para negros*, Barcelona, Sendai, 1989.
- Maya, Luz Adriana. *Brujería y reconstrucción de identidades entre los africanos y sus descendientes en la Nueva Granada, siglo XVII*, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2005.
- Navarrete, María Cristina. *Génesis y desarrollo de la esclavitud en Colombia siglos XVI y XVII*, Cali, Programa Editorial Universidad del Valle, 2005.
- Olsen, Margaret M. *Slavery and Salvation in Colonial Cartagena de Indias*, Gainesville, University Press of Florida, 2004.
- Pacheco, Juan Manuel, S.J. *Los jesuitas en Colombia*, t. I, Bogotá, Editorial San Juan Eudes, 1959.
- Pacheco, Juan Manuel, S.J. "El maestro de Claver: padre Alonso de Sandoval", *Revista Javeriana*, n° 42, Bogotá, 1954.
- Pacheco, Juan Manuel S.J. "San Pedro Claver apóstol y bienhechor de los negros", *Revista de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica*, n° 29-30, Bogotá, 1973.
- Sandoval, Alonso de S.J. *Un tratado sobre la esclavitud*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.
- Sandoval, Alonso de S.J. *De instauranda aethiopum salute. El mundo de la esclavitud negra en América*, Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de la República, 1956.
- Stone, Lawrence. "El renacer de la narrativa: reflexiones sobre una nueva vieja historia", *Eco*, n° 239, Bogotá, 1981.
- Tardieu, Jean-Pierre. "La embajada de Arda en Cartagena de Indias (1657) y la misión de los capuchinos (1658-1661). Del *quid pro quo* al fracaso", *América Negra*, n° 10, 1995.
- Vila Vilar, Enriqueta. "En torno al padre Sandoval, autor de un tratado sobre la esclavitud", *Eglise et politique en Amérique Hispanique (XVI-XVIIe siècles)*, Bordeaux, Presses Universitaires, 1984.

Fecha de recepción: junio 30 de 2006

Fecha de aprobación: agosto 25 de 2006